

CONTINENTES Y COLONIALISMOS: PERSPECTIVAS SOBRE GÉNERO Y NACIÓN*

Ishita Banerjee
El Colegio de México

RESUMEN

Este artículo explora los discursos del colonialismo y nacionalismo en países y períodos diferentes a través del prisma de género, para comprender las exigencias y supuestos, así como la contingencia y la contradicción que son inherentes a tales proyectos. Se basa en críticos que ofrecen la teoría poscolonial y feminista; en particular, las poderosas advertencias –postuladas a partir de matizados entendimientos de la cultura y el poder– acerca de cómo el género y la sexualidad modularon las formaciones de la Colonia y el imperio. Un enfoque particular en la representación cultural, por parte de las élites, de la nación en India y México, permite desmitificar a la nación y descubrir los lazos latentes pero fuertes que vinculan el pasado colonial con la nación nacional (¿poscolonial?).

PALABRAS CLAVE: colonialismo, nacionalismo, género, poscolonialismo, cultura, México, India, representaciones, imperio.

ABSTRACT

This article explores the discourses of colonialism and nationalism in different countries and periods through the prism of gender in order to understand the requirements and assumptions as much as the contingency and contradiction inherent in such projects. It is based on offering critical postcolonial and feminist theory, particularly the powerful warnings –postulated by nuanced understandings of culture and power– that gender and sexuality varied the formation of colonialism and empire. A particular focus on cultural representation of the Nation, by elites of India and Mexico demystifies the Nation and exposes latent but strong ties that bind the nation's colonial past with the national (“poscolonial?”).

KEY WORDS: colonialism, nationalism, gender, postcolonialism, Culture, Mexico, India, representations, empire.

* N. del E.: Este artículo fue presentado como ponencia bajo el título “Imperio, nación, género: intersecciones e interrogaciones”, en el simposio “Independencias y decolonización: diversos enfoques y nuevas perspectivas”, del VII Congreso Ecuatoriano de

INTRODUCCIÓN

Este ensayo intenta una exploración de los discursos del imperialismo y del nacionalismo en países y períodos diferentes. El propósito es precisamente ver qué nos dice esta yuxtaposición: ¿cronologías similares en contextos coloniales diferentes o cronologías diversas, pero ritmos y patrones similares de gobierno?¹ Esta síntesis de diferentes continentes y colonialismos –en México e India, en particular– da lugar a otros puntos relevantes. Si las desarmonías en los ritmos de gobierno subrayan que incluso aun cuando las élites imperiales veían sus dominios desde un centro metropolitano, y sus acciones y sus consecuencias no estaban determinadas en la metrópolis, las similitudes ilustran que los proyectos estaban configurados en términos de una exigencia de universalidad global.

De igual modo, el examen del discurso dominante del colonialismo en países con diversa experiencia de colonización señala cómo los parecidos en la percepción flexionaron esfuerzos muy diversos con afinidades peculiares. Finalmente, trataré de re-pensar los nacionalismos a través del examen de sus nexos vitales con el imperialismo y con la miríada de formas en que estos dos se conformaron uno a otro. El enfoque, debo señalarlo, estará, necesariamente, en el discurso cultural del nacionalismo enarbolado por las élites de ambas sociedades, discursos dominantes que son considerados todavía como “el” discurso del nacionalismo aun hoy día.

El género, considerado como una categoría culturalmente construida “fluida” y “situacional” más que como una categoría universal y atemporal,² proporciona el elemento clave y primordial en esta revisión del imperio, la Colonia y la poscolonia. Con bastante libertad me baso y expando los impulsos críticos que ofrecen la teoría poscolonial y feminista; en particular, me apropio de esas poderosas advertencias –postuladas a partir de matizados entendimientos de la cultura y el poder– de que el género y la sexuali-

Historia 2009-IV Congreso Sudamericano de Historia “Las Independencias: un enfoque mundial”, realizado en Quito del 27 al 31 de julio de 2009.

1. Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, eds., *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997, p. 29.

2. H. J. Kim-Puri (Hyun Sook Kim y Jyoti Puri), “Conceptualizing gender-sexuality state-nation: an introduction”, en *Gender and Society*, vol. 19, No. 2, 2005, p. 141. (Esta idea de género se establece en un influyente ensayo de Joan Scott, donde se enfatiza como un elemento constitutivo de las relaciones sociales. Los argumentos son muy bien conocidos para discutirse aquí. Joan W. Scott, “Gender: An Useful Category of Historical Analysis”, en *American Historical Review*, vol. 91, No. 5, 1986, pp. 1053-1075).

dad modularon las formaciones de la Colonia y el imperio. Y no solo moldearon la compleja fabricación de cartografías imperiales a partir de definiciones de espacio(s) de tierras salvajes y de las delimitaciones de tiempo(s) de la modernidad, sino que también marcaron el estilo de vida de la gente euro-americana en la Colonia y en la política de las representaciones coloniales.

ESPACIO FEMINIZADO

Es de conocimiento común que África, América, Asia –los continentes inciertos– han figurado durante siglos en el saber popular europeo como “libidinosamente erotizados”. Eso ha alimentado cuidadosamente una tradición “porno-trópica”.³ Esto se transformó en el Renacimiento, cuando el imperialismo mercantil y el comercio triangular consolidaron los sueños del dominio europeo, no solo de un “vasto imperio de comercio sino también de un vasto imperio de conocimiento”.⁴ Este conocimiento una vez más sirvió de contrapeso en una relación de poder entre dos espacios atravesados por el género –ese del macho conquistador-aventurero y aquel de la desconocida mujer interior– que podía ser penetrada y expuesta mediante una vía y una tecnología de conversión.

La nueva lógica de la Ilustración de la propiedad privada y del individualismo posesivo fortaleció esta fantasía de género, convirtiendo al mundo en un espacio virgen feminizado expuesto a la exploración y a la subyugación, las cuales tenían que llevarse a cabo para satisfacer los intereses del poder imperial. Esto significó que la conquista imperial del mundo halló tanto su figura y su sanción política en la subordinación previa de las mujeres como una categoría de la naturaleza. Esta idea, reforzada por el “imperialismo ecológico” y la expansión biológica de Europa,⁵ encontró una nutrición adecuada en fantasías silvestres sobre la mujer “salvaje” (de África y de la región del Amazonas, por ejemplo) en cercano contacto con la naturaleza-sensual y predatoria, sexualmente desinhibida que tenía que ser dominada por el cazador-hombre. Así, pudo hacerse un mapeo del conocimiento del mundo desconocido solo como una metafisi-

3. Ann McClintock, *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest*, Londres, Routledge, 1995, p. 22.

4. *Ídem*, p. 23.

5. A. Crosby, *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

ca de la violencia de género y no como un reconocimiento más amplio de la diferencia cultural.⁶

Cabe destacar que el posicionamiento de las mujeres como marcadores y mediadores ambiguos del imperialismo fue solo una estrategia de contención violenta, que revelaba, al mismo tiempo, una paranoia y angustias profundamente arraigadas por la pérdida de límites, mejor reflejadas en la representación gráfica de bordes y espacios en blanco en los mapas coloniales. Esos espacios a menudo eran habitados por caníbales, sirenas y monstruos –figuras de umbral indefinibles en los márgenes del espacio sometido y controlado, articulando la debilidad de la posesión. Había otro aspecto, igualmente significativo, de esta angustia. La feminización de la tierra como el pecho de mujer motivaba no solo el hambre de violación y control del valiente aventurero sino que también expresaba un sentimiento incómodo de infantilización en el que el épico héroe macho era un pequeño infante perdido que ansiaba el pezón edénico. Ese mismo sentimiento debió haber invadido a Cristóbal Colón cuando su errado viaje en busca de la India lo llevó al Caribe. En 1492 había escrito a casa para decir que la tierra, en lugar de ser redonda, tenía la forma del pecho de una mujer –con una protuberancia definida en la cima como un pezón– hacia el cual él navegaba lentamente.

Esta inocua mezcla de fantasías sexuales y miedos masculinos infantiles se reflejaba en el modo alegórico del discurso colonial temprano. No era siempre un simple contraste entre femenino, tierra pasiva, contra masculino, impulso de la tecnología europea. Por ejemplo, no fue la “masculina, vestida y armada Europa” que “había descubierto” a la femenina y desnuda América, sino Américo Vespucio quien lo hizo, el “nombrado individuo histórico”.⁷ Vale la pena examinar cómo el cuerpo del mítico Vespucio se volvió un emblema del explorador, conquistador y encarnación de la “aparición occidental”.⁸ La figura que momentáneamente hizo una pausa en el asombro ante la visión de la América indiana, una mujer desnuda, una “presencia innostrada de diferencia, un cuerpo que despertará entre plantas y animales exóticos”. Después de este momento inaugural de asombro en el umbral, el conquistador escribiría el cuerpo del otro sobre el que trazaría las letras de su propia historia.⁹

6. Ann McClintock, *Imperial Leather*, pp. 23-24.

7. Peter Hulme, “Polytropic man: tropes of sexuality and mobility in early colonial discourse”, en Francis Barker, edit., *Europe and its Others*, vol. 2, Essex, University of Essex, 1985, pp. 17-18.

8. Olivier Richon, “Representation, the despot and the harem: some questions around an academic orientalist painting by Lecomte-Du-Nouÿ”, en Francis Barker, edit., *Europe and its Others*, vol. 1, Essex, University of Essex, 1985, p. 1.

9. Michel de Certeau, en *idem*.

De manera irónica, las fantasías sexuales producidas y fomentadas por la tradición porno-tropical se perpetraron en la costumbre de los pueblos indígenas de ofrecer a las jóvenes mujeres de sus familias o tribus a los visitantes como un gesto de hospitalidad. Así es como la Malinche, “la primera madre de la nación mexicana y la Eva mexicana”,¹⁰ se puso en contacto con el conquistador español Hernán Cortés, cuando ella, junto con otras mujeres, le fueron ofrecidas como obsequio por el jefe y los caciques de Tabasco.¹¹

La Malinche corporalmente encarna la mediación y la trasgresión. Como símbolo literal y figurativo de la “traducción” e interpretación, esta “excelente mujer de buena lengua”¹² no solo facilitó la conquista y subyugación sino que también trasgredió los límites raciales al cohabitar con el conquistador y al engendrar un hijo, dando a luz a una nación de mestizos. Las profundas ambigüedades y tensiones que la Malinche ha desatado en los imaginarios de la nación mexicana –provocadas por una “madre violada” y “contaminada”¹³– de manera elocuente y brillante simbolizan las angustias masculinas con los límites y miedos de perderlos. La Malinche constituye un “paradigma cultural de raíz”, puesto a horcajadas entre lo cognitivo, lo moral y lo existencial, dominios que se reinvierten con vitalidad dentro del drama social.¹⁴

Tendremos ocasión de hablar de la Malinche de nuevo más adelante. Menciono ahora las tensiones que la rodean solo para destacar cómo la sexualidad de las mujeres perturba los discursos masculinos sobre la normatividad y la identidad cultural que modelan los imaginarios de la nación. En otras palabras, lo que quisiera sugerir aquí es que el (los) nacionalismo(s) como proyecto(s) de construcción de comunidades limitadas fueron igualmente cómplices al emplear estrategias de contención, donde el deseo de penetración imperial era contrarrestado por el control y confinamiento de las mujeres dentro de un ámbito “interior” para salvaguardar la “frontera interior” de la nación. Y aquí el deseo de dominación del cuerpo de las mujeres y de su sexualidad, y su anhelo de cuidados maternos se combinaron de maneras discretas para influir en las empresas nacionalistas de maneras particulares en diferentes momentos.

10. Sandra M. Cypess, *La Malinche in Mexican Literature. From History to Myth*, Austin, University of Texas Press, 1992, p. 2.

11. Julia Tuñón, *Mujeres en México. Recordando una historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1987, p. 47.

12. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. 1, México, Porrúa, 1941, p. 123.

13. Julia Tuñón, *Mujeres en México*, p. 51.

14. Sandra M. Cypess, *La Malinche in Mexican Literature*, p. 7.

NUEVA MUJER, NUEVA NACIÓN

El sesgo de género del imperialismo, es importante recordarlo, tomó distintas formas en diferentes partes del mundo. India, la tierra de una civilización antigua, famosa por sus riquezas y presa del imperialismo tardío, casi nunca se pensó como una tierra virgen. Por tanto, como Crosby argumenta persuasivamente, India –junto con China y el Medio Oriente, hogar de civilizaciones antiguas del mundo– estaba “al alcance” pero al mismo tiempo “más allá” de la expansión ecológica imperialista de Europa.¹⁵ Además, India, a diferencia de México, no fue un caso de colonialismo de colonos. Los británicos, en general, no hicieron de ella su hogar. Al mismo tiempo, la autoridad imperial y la distinción racial, como en todo sitio, aquí estaban estructuradas en términos de género y los símbolos sexuales conservaron una gran prominencia como representaciones gráficas del dominio colonial. La segregación racial dependía de la regulación del acceso sexual, de la prostitución y de las enfermedades venéreas, y el control sexual desempeñó un papel fundamental en la fijación de las fronteras raciales. A las mujeres blancas y colonizadas se les confió la responsabilidad de mantener las fronteras.

Las mujeres de la India, como las de África del norte, del Medio Oriente y de otros países asiáticos, permanecían “veladas” y distantes. Al mismo tiempo, proveían el “Otro” esencial al hombre europeo, como mujeres y como miembros de una raza y clase subyugada.¹⁶ Aquí es importante recordar que no es que India no haya tenido sus Malinches, las mujeres o “diccionarios durmientes” –como fueron llamadas por Richard Burton en la película del mismo nombre– que mercaderes ingleses tomaban como compañeras de lecho con el objetivo de aprender “las costumbres del país”.¹⁷ El hecho de que ellas hayan sido olvidadas tiene mucho que ver con la manera en que el nacionalismo indio construyó su discurso. Definitivamente no una nación mestiza, los indios recuerdan a Mir Jafar, un general que se alió a los comerciantes de la Compañía de las Indias orientales en su guerra contra el *nawab* (gobernante) de Bengala en 1757, como el traidor arquetípico.

15. A. Crosby, *Ecological Imperialism*, p. 134.

16. Kumari Jayawardena, *The White Woman's Other Burden. Western Women and South Asia during British Rule*, Nueva York, Routledge, 1995, p. 3.

17. Colin G. Calloway, *New Worlds for All: Indians, Europeans, and the Remaking of Early America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997, p. 174. Véase también Durba Ghosh, *Sex and the Family in Colonial India. The Making of Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

Haciendo caso omiso de los mitos sobre la “mujer oriental”, las mujeres hindúes se convirtieron en el blanco principal de la “reforma” de utilitaristas evangélicos y liberales a principios del siglo XIX. Los misioneros protestantes se quejaban de las “crudas” y “bárbaras” costumbres con que las mujeres hindúes eran subyugadas, mientras que para los liberales como James Mill la degradada condición de la mujer india era prueba suficiente de que los hombres indios no estaban capacitados para gobernar y de que India necesitaba la presencia benigna de un país europeo civilizado, del “inglés viril”, para ser más precisos. El “estatuto de la mujer” sirvió aquí tanto como “un significante crucial del grado del retraso civilizatorio de los colonizados”,¹⁸ como de la afeminación de sus miembros masculinos. Esta crítica mordaz hizo que los hombres indios de clase media entraran en un frenesí de actividad. E incluso si su participación en la primera fase del debate había sido en el papel de replicantes –pues solo podían argumentar sobre los términos que ya se habían establecido–,¹⁹ éste los incitaba a invertir en un “complicado ejercicio crítico” de cuestionar las relaciones de poder y las normas de género dentro de las costumbres y tradiciones indígenas.²⁰

La construcción de la figura de la mujer india permitió su apropiación y caracterización como desventurada y desvalida, un alma para ser reformada y “salvada”. De mayor importancia es el énfasis respecto a que las mujeres representaban indicadores de la moralidad y del desarrollo de la sociedad, lo cual las transformó lentamente en depositarias de la “tradición normativa” y en “ejemplares morales”, una idea que, hasta entonces, tenía muy poca precedencia en el pensamiento indo-islámico.²¹ Pero esta idea adquirió tal prominencia que las mujeres en las naciones más actuales fueron tomadas como “transmisoras y productoras activas de la cultura nacional”, y como “significantes simbólicos de la diferencia nacional”.²² La objetivación de la mujer india como pasiva y desvalida no solo pertenecía al discurso masculino; también fue suscrita por las feministas británicas a finales del siglo XIX, quienes invocaban las “glorias del imperio” para encontrar un lugar en su

18. Rajeswari Sunder Rajan, *The Scandal of the State. Women, Law, and Citizenship in Postcolonial India*, Durham, Duke University Press, 2003, p. 3.

19. Partha Chatterjee, *The Nation and its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

20. Tanika Sarkar, *Hindu Wife, Hindu Nation. Community, Religion and Cultural Nationalism*, Bloomington, Indiana University Press, 2001, p. 23.

21. Barbara D. Metcalf, “Reading and writing about Muslim women in British India”, en Zoya Hasan, edit., *Forging Identities. Gender, Communities and the State in India*, Boulder, Westview Press, 1994, pp. 1-21.

22. Nira Yuval Davis y Floya Anthias, *Woman-Nation-State*, Nueva York, Macmillan, 1989.

poder global y en su misión social universal, particularmente, para compen-sar la condición de las miserables mujeres indias.²³ Mucho después, esta apropiación también reforzaría la escritura feminista occidental sobre las mujeres del Tercer Mundo, un punto que no podré desarrollar aquí.

El análisis revelador e influyente de Partha Chatterjee del discurso nacio-nalista indio ha demostrado cómo los debates y controversias sobre la refor-ma social y la condición de las mujeres les ha permitido a los hombres indios ir demarcando lentamente en la vida nacional su dominio de lo interno y de lo externo, lo privado de lo público, lo “espiritual” de lo “material”, re-arti-culándolos de maneras novedosas. Esta re-articulación de la feminidad india, de hecho, permitió una resolución de la “contradicción constitutiva” en la formación de una identidad india.²⁴ La contradicción estaba en el esfuerzo del nacionalismo indio de modernizar a la nación bajo criterios occidentales, mientras conservaba una “identidad nacional” esencial en la que pudiera basar la reivindicación política de llegar a constituir una nación. Y la “cues-tión de las mujeres” le permitió resolver esta contradicción. El proceso que se inició de manera imperceptible en las primeras décadas del siglo XIX a través de debates sobre reforma social alcanzó su culminación en las déca-das de 1880 y 1890, cuando el nacionalismo indio, hasta ahora impercepti-ble y tentativo, ganó la suficiente confianza como para aventurar su reivin-dicación abiertamente, se atrevió a salir y a desafiar al poder del Estado para legislar sobre asuntos relacionados con las mujeres, quienes ahora perma-necían totalmente encerradas dentro del “dominio interno” de la nación.²⁵

La demarcación de la “frontera interna” como el “espacio no coloniza-do” se llevó a cabo a través de la definición de una mujer nueva como la señora modelo de la familia. Ella poseía algunos rasgos de la diosa hindú Lakshmi –la diosa de la belleza y la bondad y la perfecta consorte del dios Vishnu, el preservador del mundo– y también de la esposa victoriana, la compañera ideal. Las ideas y los imaginarios, aunque variados, se unían en la posición crítica que afirmaban esta nueva mujer como el marcador vital de la diferencia cultural y como personificación de una “indianidad esencia-lizada”.²⁶ La nueva señora de la familia, definida de acuerdo a criterios que

23. Antoinette Burton, *Burdens of History. British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997, p. 7.

24. Partha Chatterjee, “La nación y sus mujeres”, en Saurabh Dube, edit., *Pasados pos-coloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 403-428.

25. *Ídem*.

26. Mrinalini Sinha, “Gender in the critiques of colonialism and nationalism: locating the ‘Indian woman’”, en Ann-Louise Shapiro, edit., *Feminists Revision History*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1994, p. 252.

eran particulares de India, era diestra y educada, pero a diferencia de la mujer occidental que era perezosa, egoísta y vana, era diligente y totalmente dedicada a la familia. Ella también contrastaba fuertemente con la burda y tosca mujer de la clase y casta baja que no tenía educación y que descuidaba los deberes familiares, y con la prostituta dedicada a la obscenidad y al placer.²⁷ A través de esta delineación de dos puntas, la élite india de clase media constituyó escrupulosamente a la familia como base de la nación, y encerró a la mujer cuidadosamente dentro de ella. La mujer y el hogar que ella personificaba se convirtieron, en la segunda mitad del siglo XIX, en los sitios más importantes en los que se localizaban y reproducían las “marcas esenciales de la identidad cultural”.²⁸

Con las mujeres exitosamente domesticadas y poseídas, el foco se dirigiría ahora a la otra función que desempeñan –la de proveer amor y cuidado a los infantes masculinos–. A principios del siglo XX, conforme la lucha nacionalista cobraba mayores ímpetus, la nación sería imaginada como la madre, gráficamente representada en la pintura de la Madre-India. Con la imagen icónica de la madre transpuesta al espacio cartográfico de la nación, los hombres patrióticos se verían obligados a luchar como devotos hijos por la libertad de la madre, mientras que las mujeres tendrían la responsabilidad de engendrar hijos valientes para luchar por su patria. Y es aquí donde México, con una trayectoria muy distinta, se acerca a la India. Y es a esta historia a la que ahora haremos referencia para explorar los innumerables significados de la nación, las diferentes formas de construirla y la presencia vital de sus imaginarios de género.

IDENTIDAD NACIONAL

Como se ha mencionado antes, la experiencia del nacionalismo en México y América Latina fue diferente tomando en cuenta que estos países fueron sometidos por un colonialismo de colonos. Para los criollos, entonces, la búsqueda y construcción de una “identidad nacional” era crucial desde el principio. El lugar de nacimiento proporcionaba un elemento clave para postular la demanda por la independencia, “en tanto que el nuevo con-

27. Sumanta Banerjee, “Marginalization of women’s popular culture in nineteenth century Bengal”, en Kumkum Sangari y Suresh Vaid, eds., *Recasting Women. Essays in Indian Colonial History*, Nueva Delhi, Kali for Women, 1989, pp. 127-179.

28. Sanjay Seth, *Subject Lessons. The Western Education of Colonial India*, Durham, Duke University Press, 2007, p. 135.

tinente podía otorgarle legitimidad, originalidad y razón para ideales de continuidad o destino”.²⁹

De hecho, los escritores e intelectuales de los países de Hispanoamérica se referían irresistiblemente a la nación imperialista como la nación “madre” y su proyecto de independencia suponía maneras de deslindar a sus países de España no solo en la esfera política. Pensar en España como la “madre” hacía de estos países los “hijos”, y ellos sufrían “de todos los problemas y complejos de culpa concomitantes a las angustias de separación”.³⁰ Además, la conjunción de la madre y el padre en la expresión española de la nación imperialista como *la madre patria* intensificaba la angustia de los “hijos” –de encontrar medios para llevar a cabo su independencia cultural sin culparse ellos mismos por su deseo de separación–.

Una manera de hacerlo era hablando constantemente de la “identidad nacional” para poder recalcar la “diferencia”. Y aquí también, como en India, la “contradicción constitutiva” de la identidad nacional –de crear una nación de los elementos criollos, mestizos e indígenas– llegó a obsesionar a los hombres. Lo que se necesitaba era una reinterpretación de la conquista desde la perspectiva de las colonias. Lo que la conquista había hecho era trasladar a los pueblos indígenas a un tiempo anterior y a un *espacio anacrónico* dentro del espacio geográfico del imperio como seres humanos atávicos y arcaicos.³¹ Esto fue una consecuencia de su idea de la tierra desconocida como virgen, es decir, vacía de deseo, esperando pasivamente la vigorosa inseminación masculina de la historia, la lengua y la razón.³² De manera similar, los pueblos indígenas supuestamente no debían estar allí pues la tierra estaba “vacía” Esto ha llevado a su desplazamiento simbólico y a ser desechados por “primitivos”.

La historia jugó un papel clave en la construcción de la “identidad nacional”. Mediante la postulación de un pasado que “elaboró la ficción de un *continuum* histórico-cultural desde los tiempos aztecas hasta la Independencia, únicamente interrumpido por la conquista y el período colonial”, esa historia trató de des-estigmatizar y de re-integrar el pasado amerindio y de repudiar a la sociedad colonial. En el siglo XIX, durante los años anteriores

29. Natividad Gutiérrez Chong, “Tendencias de estudio de nacionalismo y mujeres”, en Natividad Gutiérrez Chong, edit., *Mujeres y nacionalismos en América Latina. De la independencia a la nación del nuevo milenio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 30.

30. Sandra M. Cypess, *La Malinche in Mexican Literature*, p. 41.

31. Ann McClintock, *Imperial Leather*; p. 30; Peter Hulme, “Polytropic Man”, p. 18.

32. Annete Kolodny, *The Land before Her. Fantasy and Experience of the American Frontiers, 1630-1860*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.

y posteriores a la Independencia, cuando la necesidad de una “identidad nacional” se tornó crítica para la configuración de una nación-Estado, la historiografía luchó por “hacer [d]el pasado un elemento conformador de la mexicanidad”.³³ Y, al hacer esto, hizo de la conquista un “paradigma mítico”, un parteaguas que causó una ruptura en la historia ininterrumpida de la mexicanidad.

Esto nos lleva de regreso a la Malinche. Ella representa simbólica y corporalmente esta violenta ruptura: la violación del país a manos de los españoles; convirtiéndose ella, en el proceso, en “la principal culpable de la destrucción del mundo prehispánico”.³⁴ Traidora y seductora al mismo tiempo, ella da cuenta del fracaso amerindio de vencer a los europeos. Como menciona Octavio Paz en su análisis influyente del carácter nacional mexicano, el sujeto masculino mexicano ha sido constituido como un rechazo violento de la madre vergonzosa la Malinche, quien “encarna lo abierto, lo chingado”.³⁵ Ella “es símbolo del sexo-género imperante”³⁶ y es el “arquetipo de una traidora a la patria”,³⁷ una patria que, para ser configurada y reafirmada, necesita tanto de héroes como de traidores. Y así es que en la segunda mitad del siglo XIX, el “clima de entusiasmo nacional que origina el culto a Cuauhtémoc, paradigma de la mexicanidad”, crea como contrapartida a la Malinche, como símbolo de antimexicanidad.³⁸

Esta percepción de la Malinche culminó el proceso de esa búsqueda de una identidad propia en oposición a lo hispano, que había empezado ya en el siglo XVII, cuando la hostilidad entre los criollos y los españoles peninsulares llegó a ser muy pronunciada, y cobró urgencia en vísperas de la creación de un Estado necesitado de legitimidad. Huelga decir que, en todas estas construcciones, el problema de la identidad nacional fue “presentado principalmente como un problema de la identidad *masculina*” y, “en las alegorías nacionales, las mujeres se convirtieron en el territorio a través del cual la demanda pasaba por la identidad nacional (masculina)”.³⁹ Esto recuerda uno de los debates sobre el *sati* a principios del siglo XIX en la India, en

33. Cristina González Hernández, *Doña Marina (La Malinche) y la formación de identidad mexicana*, Madrid, Encuentro Ediciones, 2002, p. 48.

34. *Ídem*.

35. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 78.

36. Julia Tuñón, *Mujeres en México*, p. 50.

37. Cristina González Hernández, *Doña Marina (La Malinche)*, p. 47.

38. *Ídem*, p. 89.

39. Jean Franco, *Plotting Women*, p. 131.

donde las mujeres habían facilitado el sitio a través del cual la “tradicción” era disputada y construida.⁴⁰

La Malinche, sabemos, encontraría posteriormente su reconciliación cuando “el vástago de padre español y madre india se epitomizó en el mestizo”.⁴¹ Y, en este sentido, ella ofreció una resolución a la “contradicción constitutiva” al absolver simultáneamente a los indígenas de su fracaso de enfrentarse a los europeos y al engendrar una progenie de mestizos. Y, sin embargo, la incertidumbre y un sentido de inferioridad siguieron importunando a los hombres mestizos, dado que las jerarquías raciales perduraron firmemente en su lugar.

La mejor resolución, de hecho, ha sido proporcionada por otra figura femenina, y un símbolo clave de la identidad nacional: la Virgen de Guadalupe, la bondadosa y benevolente madre como oposición a la sexual y repugnante. Si la Malinche confunde y causa vergüenza, su contraparte, la Virgen, inspira orgullo y veneración. Ella contrarresta y complementa de sobra a la desagradable figura de la Malinche, al ofrecer un decisivo consuelo al huérfano infante que trata de superar su soledad.

No es de sorprender, que la figura de la Virgen surgiera en el siglo XVII, en un tiempo en que los criollos estaban dando los primeros pasos hacia la configuración de una nueva nación. Inicialmente representada no como una madre sino más bien “como la mujer del Apocalipsis, aplastando a la serpiente y en posesión de los Cielos desde los cuales protege a sus elegidos”,⁴² la Virgen, un icono del nacionalismo criollo, evolucionó con el tiempo hasta convertirse en el símbolo clave, la madre, de una nación racialmente heterogénea. La Virgen es la cara positiva del mestizaje, que va “más allá de la mezcla física de las culturas” y encaja perfectamente en “una dinámica cultural que integra dos tradiciones”.⁴³ En esta capacidad, la Virgen congrega a los indígenas, criollos y mestizos en el redil de una “cristianidad mexicana”, una religión particular que provee el factor de cimentación de una nación política compuesta de etnicidades distintas.

La pureza religiosa y asexual de la Virgen equilibra y trasciende la sexualidad abierta de la traidora-prostituta Malinche. De esta manera, tanto en México como en India (y en muchos otros discursos sobre la nación), una

40. Lata Mani, “Tradiciones en discordia: el debate sobre la *sati* en la India colonial”, en Saurabh Dube, edit., *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 209-251.

41. Natividad Gutiérrez Chong, “Tendencias de estudio de nacionalismo y mujeres”, p. 30

42. Jean Franco, *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*, Nueva York, Columbia University Press, 1989, p. xviii.

43. Julia Tuñón, *Mujeres en México*, p. 53.

madre domesticada, asexual y compasiva, aunque a menudo desvalida, brinda un socorro vital a sus hijos y los inspira a que luchen por ella. Si la imaginación cartográfica de la Bharat-Mata (la Madre-India) encadenada les pide a sus valientes hijos que luchen por su libertad, la Virgen pura se convierte en el icono principal de la madre patria, que debe ser salvada, cuidada, honrada y defendida. El “chingado” que dio a luz la sexualidad de la Malinche se transforma al incorporar adecuadamente dos culturas mediante la pura y noble religiosidad de la Virgen.

De manera más significativa, bajo circunstancias diferentes y con modos distintos, la mujer llega a encarnar al “marcador cultural” de la nación, recipiente y portadora de la “tradicición”. Si esta “feminidad” re-articulada de las mujeres de la clase media a finales del siglo XIX y principios del XX significa diferencia y una “indignidad” esencial, la Malinche y la Virgen juntas representan los peligros y las posibilidades, lo peor y lo mejor de la “asimilación” y el mestizaje. La feminidad controlada y cooptada, a la que se llega mediante los discursos “públicos” sobre lo “privado”, contribuye a la identidad cultural esencial de la nación, distinta de la imperialista.

Y esto tiene repercusiones significativas para la construcción del ciudadano mujer en las sociedades poscoloniales. La perdurable asociación de las mujeres con la ‘cultura’ y ‘la tradición’ contribuye a su construcción en formas particulares como ciudadanas bajo regímenes modernos. Así, pues, el género constituye un punto de tensión en la vida de la nación y Estados modernos, un tema que va más allá de la perspectiva de este ensayo.

Para concluir, permítanme recapitular. El análisis del colonialismo y del nacionalismo en diferentes lugares y períodos, a través de un prisma de género, ha reforzado mi esfuerzo por comprender las exigencias y supuestos, así como la contingencia y la contradicción que son inherentes a tales proyectos. El examen ha revelado que, aunque hubo profundas diferencias en los proyectos que fueron moldeados por las inquietudes y demandas de las sociedades coloniales, hubo también nexos vitales en la forma en que las mujeres eran percibidas y configuradas en los proyectos masculinos del imperialismo y el nacionalismo.

El género, una categoría crítica anteriormente nueva pero ahora considerada tan bien conocida que hoy día representa una aporía,⁴⁴ ha sido decisiva en este repensar de la nación y el nacionalismo. Como he afirmado en el principio, mi exploración se ha enfocado en discursos elitistas acerca de la representación cultural de la nación, y ha dejado tras bambalinas la materialidad y la articulación cotidiana del Estado. Sin embargo, esto no diluye

44. Joan W. Scott, “Conferencia magistral”, El Colegio de México, 24 de septiembre de 2009.

mi énfasis central: la nación, a pesar de toda su cosecha anticolonialista, empieza a parecerse a su Otro detestado –el imperio–. Mi intención, entonces, no es la de postular al género como el único modo para desmitificar a la nación; sin embargo, es uno de los caminos potenciales de descubrir los lazos latentes pero fuertes que vinculan el pasado colonial con la nación nacional (¿postcolonial?). Mientras América Latina celebra su bicentenario de la Independencia, quizá sería pertinente tener en mente estos nexos y vínculos subterráneos entre el imperio y la nación.



BIBLIOGRAFÍA

- Banerjee, Sumanta, “Marginalization of women’s popular culture in nineteenth century Bengal”, en Kumkum Sangari y Suresh Vaid, eds., *Recasting Women. Essays in Indian Colonial History*, Nueva Delhi, Kali for Women, 1989.
- Burton, Antoinette, *Burdens of History: British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.
- Calloway, Colin G., *New Worlds for All: Indians, Europeans, and the Remaking of Early America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997.
- Chatterjee, Partha, *The Nation and its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- , “La nación y sus mujeres”, en Saurabh Dube, edit., *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999.
- Cooper, Frederick, y Ann Laura Stoler, eds., *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- Crosby, A., *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- Cypess, Sandra M., *La Malinche in Mexican Literature. From History to Myth*, Austin, University of Texas Press, 1992.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 vols., México, Porrúa, 1941-1942.
- Franco, Jean, *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*, Nueva York, Columbia University Press, 1989.
- Ghosh, Durba, *Sex and the Family in Colonial India: The Making of Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- González Hernández, Cristina, *Doña Marina (La Malinche) y la formación de identidad mexicana*, Madrid, Encuentro Ediciones, 2002.

- Gutiérrez Chong, Natividad, "Tendencias de estudio de nacionalismo y mujeres", en Natividad Gutiérrez Chong, edit., *Mujeres y nacionalismos en América Latina. De la independencia a la nación del nuevo milenio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Hulme, Peter, "Polytropic man: tropes of sexuality and mobility in early colonial discourse", en Francis Barker, edit., *Europe and its Others*, vol. 2, Essex, University of Essex, 1985.
- Jayawardena, Kumari, *The White Woman's Other Burden. Western Women and South Asia during British Rule*, Nueva York, Routledge, 1995.
- Kim-Puri, H. J. (Hyun Sook Kim y Jyoti Puri), "Conceptualizing gender-sexuality-state-nation: an introduction", en *Gender and Society*, 19, 2, 2005.
- Kolodny, Annete, *The Land before Her. Fantasy and Experience of the American Frontiers, 1630-1860*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.
- Metcalf, Barbara D., "Reading and writing about Muslim women in British India", en Zoya Hasan, edit., *Forging Identities. Gender, Communities and the State in India*, Boulder, Westview Press, 1994.
- Mani, Lata, "Tradiciones en discordia: el debate sobre la *sati* en la India colonial", en Saurabh Dube, edit., *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999.
- McClintock, Ann, *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest*, Londres, Routledge, 1995.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Richon, Olivier, "Representation, the despot and the harem: some questions around an academic orientalist painting by Lecomte-Du-Nouÿ", en Francis Barker, edit., *Europe and its Others*, vol. 1, Essex, University of Essex, 1885.
- Sarkar, Tanika, *Hindu Wife, Hindu Nation. Community, Religion, Cultural Nationalism*, Bloomington, Indiana University Press, 2001.
- Seth, Sanjay, *Subject Lessons. The Western Education of Colonial India*, Durham, Duke University Press, 2007.
- Sinha, Mrinalini, "Gender in the critiques of colonialism and nationalism: locating the 'Indian woman'", en Ann-Louise Shapiro, edit., *Feminists Revision History*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1994.
- Sunder Rajan, Rajeswari, *The Scandal of the State. Women, Law, and citizenship in Postcolonial India*, Durham, Duke University Press, 2003.
- Tuñón, Julia, *Mujeres en México. Recordando una historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1987.
- Yuval-Davis, Niray Floya Anthias, *Woman-Nation-State*, Nueva York, Macmillan, 1989.